El censo de los espejos muertos

Por Shyvirelle

En el cráter de Linde, las ventanas no daban al cielo. Daban a una pared de roca. La ciudad había crecido en el fondo de aquella depresión, protegida de los vientos que barrían la superficie. En el techo de la escuela había una pequeña claraboya, pero era tan estrecha y estaba tan alta que los niños aprendían las formas de las nubes en fotografías antiguas.

Para mostrarles la luz del sol, los adultos habían instalado un camino de espejos en la ladera: una fila de superficies orientables que tomaba un rayo del borde del cráter y lo conducía, de un espejo a otro, hasta una abertura en el aula. Una vez al año, durante unos minutos, la clase veía la luz natural atravesar un rectángulo blanco en la pared.

Ese año el rectángulo permanecía gris.

La maestra Ada llevó a sus alumnos al centro de observación y encontró a Eren, el encargado de mantenimiento, delante de una lista de veinticuatro espejos. En la columna de luz, diecinueve figuraban como muertos. En la de calor, los mismos diecinueve mostraban valores altos.

—Si reciben el sol, ¿por qué no lo envían? —preguntó Ada.

Eren señaló un número en el panel de control.

—El sensor dice que están calientes. Alguien decidió que eso significaba que también funcionan como espejos. Ahora mismo el sistema nos cuenta dos cosas distintas como si fueran una.

Por la ventanilla podían verse pequeños destellos en la ladera. Desde abajo parecían suficientes. Sin embargo, al seguir el trayecto con una tarjeta blanca, la mancha brillante se deshacía en una nube débil antes de alcanzar el segundo espejo. Era como intentar enviar una palabra escrita sobre una hoja y recibir, en cambio, las letras esparcidas por el aire.

—¿Se han desalineado? —preguntó Ada.

—Algunos, quizá. Pero los motores no se han movido desde la última calibración. No quiero corregir su orientación antes de saber qué sucede a la luz.

Fueron hasta la estación más baja de la ladera. Cada espejo estaba protegido por una lámina transparente de material compuesto, diseñada para resistir la escarcha del cráter. Sobre aquella lámina se había formado, durante las últimas noches, un velo de cristales de hielo tan fino que parecía polvo.

Eren colocó una pequeña superficie oscura detrás de un recorte del protector y dejó que recibiera la radiación. La placa se templó. Parte de la energía que atravesaba aquella película, y otra parte absorbida por el conjunto, bastaban para que el sensor térmico registrara el sol. Después sostuvo una cartulina blanca a cierta distancia del mismo recorte. No apareció el punto luminoso nítido que esperaban: solo una claridad extendida y sin dirección precisa.

—El calor nos avisa de que llega energía —dijo Ada, pensando en cómo explicarlo en clase—. No nos dice dónde acabará la luz.

—Ni siquiera nos dice qué parte del espectro está llegando. Estos protectores pertenecen a nuestro mundo, con un recubrimiento que deja atravesar algunas longitudes de onda y dispersa otras. El hielo ha empeorado ese reparto. El sistema no estaba preparado para distinguirlo.

Ada hizo una segunda prueba. Con un cepillo blando retiraron una franja mínima de escarcha de la superficie, sin tocar el espejo. Desde esa franja, el punto de luz volvió a aparecer sobre la cartulina; de la parte velada llegaba un halo borroso. El ángulo del espejo no había cambiado. Los tres resultados —placa templada, halo disperso, punto recuperado— contaban la misma historia.

Aquella noche, Ada llevó dibujos del experimento a la escuela. Los niños se agruparon alrededor de la mesa. Nilo, que nunca había visto el sol directamente, señaló el círculo grande que Ada había dibujado sobre la cartulina.

—¿Eso era el sol?

—Era luz del sol repartida por muchos caminos —respondió ella—. Como una voz que llega a una habitación después de rebotar en demasiadas paredes. Sabes que alguien habló, pero no de dónde viene cada palabra.

—Entonces los espejos no están muertos —dijo Mina, la más pequeña.

Ada sonrió ante una respuesta más útil que el nombre del informe.

—Están recibiendo algo. Lo que no sabemos todavía es cuántos pueden devolverlo hacia el aula.

Propuso cambiar el censo. En lugar de una sola señal de funcionamiento, anotarían tres observaciones: energía recibida, luz dirigida y estado del protector. Eren aceptó, aunque le advirtió que tardarían días en revisar toda la ladera. Los habitantes del cráter necesitaban esos mismos espejos para varias tareas de inspección. No podían desmontarlos, calentarlos todos y fingir que el problema había desaparecido.

El primer intento de limpiar la estación más alta fracasó. El viento devolvió la escarcha antes de que ajustaran el segundo reflector. Al día siguiente, Eren llevó una cubierta aislante que podían calentar poco a poco con la energía sobrante del sistema de ventilación. Debajo colocaron un espejo auxiliar pequeño, protegido del aire. No reparaba la cadena entera, pero permitía probar un solo trayecto desde el borde del cráter hasta una ventana lateral de la escuela.

Los alumnos colaboraron desde el aula. Por parejas sostuvieron tarjetas blancas en los puntos de paso y avisaron a Ada cuando la luz se convertía en un círculo, una raya o una mancha difusa. Desde la ladera, Eren ajustaba el espejo de prueba de forma gradual. La radio crepitaba con observaciones: «Más a la izquierda», «Ahora toca la esquina», «El borde está entero». Cada corrección se comprobaba antes de intentar la siguiente.

El día señalado amaneció despejado. Aun así, en la pantalla seguían figurando dieciocho espejos sin haz útil. Nada se había arreglado por arte de magia. A las nueve y doce, Ada apagó la luz eléctrica del aula y los niños guardaron silencio. Al principio solo vieron un rectángulo oscuro. Luego la pared se iluminó con un tono amarillo suave que no se parecía a ninguna lámpara de la escuela.

—No miren hacia la abertura —recordó Ada—. Miren lo que la luz hace sobre el papel.

Extendió una hoja grande en una mesa. La mancha se movió despacio, casi imperceptible, mientras los niños dibujaban sus bordes y el color que veían. Nilo dibujó un trapecio. Mina, una raya que salía de la sombra de su mano. Otro niño escribió al margen: «Está aquí». No necesitaron ponerse de acuerdo.

Al cabo de un minuto, la mancha se afinó y desapareció. El sol había cambiado de ángulo; el espejo auxiliar ya no podía mantener el camino sin otra calibración. Eren informó por radio que el resto de los trabajos seguiría después, cuando las temperaturas lo permitieran.

Ada recogió las hojas. Las colocó una al lado de otra, no para elegir la más exacta, sino para mirar cuánto había cabido en un minuto. En el censo de aquella mañana, junto al espejo auxiliar, escribieron: «Luz dirigida: sí, durante sesenta segundos». Los otros espejos conservaron sus preguntas pendientes.

Por primera vez, los niños tenían dibujos que habían hecho al ver la luz del sol. El cráter seguía rodeándolos, pero aquella pared había dejado de ser la única cosa que podían mirar.